



Mirar el cielo en Ciudad Juárez



Héctor Jaramillo López*

Un amigo comentó: “El campo es el único lugar donde podemos caminar mirando hacia abajo”. Además de referirse a las bellezas que puedes encontrar a cada paso, entendí, o quise entender, que mi amigo aludía al estado de paz, de concordia al que la naturaleza te induce, donde no es necesario tener “la frente en alto”, donde no es necesario mantener esa lucha tensa y violenta por sostenerte erguido, por ocupar y defender “tu lugar en el mundo”. En el campo puedes mirar hacia abajo porque estás hermanado con las raíces de la vida, con aquello a lo que llamamos “natural”, “maternal”, “nutricio”.

Pero Itzel Aguilera vive en Ciudad Juárez, una ciudad cuya piel ha sido caminada por pies vigorosos pero también adoloridos, violentos, cansados: vigorosos en la lucha diaria, heroicamente vigorosos: son los pies del trajín diario en una ciudad de alto índice de competencia. Mirar hacia la acera donde pisas, en Ciudad Juárez, es un acto solidario, de entregarte en emoción y pensamiento a los tuyos, al prójimo. Las fotografías de Itzel, en sus cuatro años en esta ciudad adoptiva, han sido un registro vasto y sensible de ese mundo de concreto quebrado, de manchas de aceite, de adornos y pequeñas flores en el intento por vencer al polvo, al humo, al frío y al calor que caen como mazo. Su fotografía no ha podido negar esa dureza. Así que ahora, con estos cielos, Itzel se da su justa vacación: mira a lo alto y descubre una ventana donde respirar y recordar, recordarnos, que la lucha diaria también exige descanso.

Los cielos juarenses de Itzel Aguilera parecen fuera de contexto en esa selva de neón, de torres, antenas, cables, de bardas de block y malla ciclónica. Es difícil creer que esas pirotecnias de colores, esas formas caprichosas de las nubes,

esa danza plácida entre el agua, el aire y el fuego, pueda darse sobre una ciudad de cemento y acero.

Sin embargo, lo que podría ser un acto de evasión, se convierte en una invitación: muchos de los cielos de Itzel, tal vez la mayoría, incluyen su ancla: cables, edificios, árboles a veces escuetos, sometidos al rigor de la sequía, palmeras del desierto, más cables, que nos recuerdan que ahí mismo, no afuera, no en otro lado, también hay otra forma de hermandad: aquella que nos iguala como sencillos seres vivos, como animalitos previos al caos. Mirar al cielo en Ciudad Juárez es acordarnos de respirar: es sentirlo en nuestros pulmones y en nuestro cerebro: en nuestras neuronas y en nuestros pensamientos, en nuestros pensamientos actuales y arquetípicos.

La invitación de Itzel se vuelve entonces un acto social: sí, una invitación al descanso, pero sobre todo a la comunión: a sentir y reflexionar sobre lo que somos como habitantes de esta ciudad, sobre nuestra historia pasada y presente: ese mismo cielo fue visto por Madero, cobijó a los Dorados de Villa, fue diariamente respirado por las víctimas de la violencia solapada por la corrupción, de la violencia desnuda, y es diariamente respirado por las víctimas de la violencia disfrazada de “bienestar” que ofrece la maquila, que ofrece el trabajo injusto e inmerecido. Es el cielo visto desde la calle. El cielo que no discrimina: el cielo de todos.

* Fotógrafo y ensayista.

Itzel Aguilera

Nuestros Cielos



Olas de nubes. Ciudad Juárez, Chihuahua

■ *Itzel Aguilera* ■

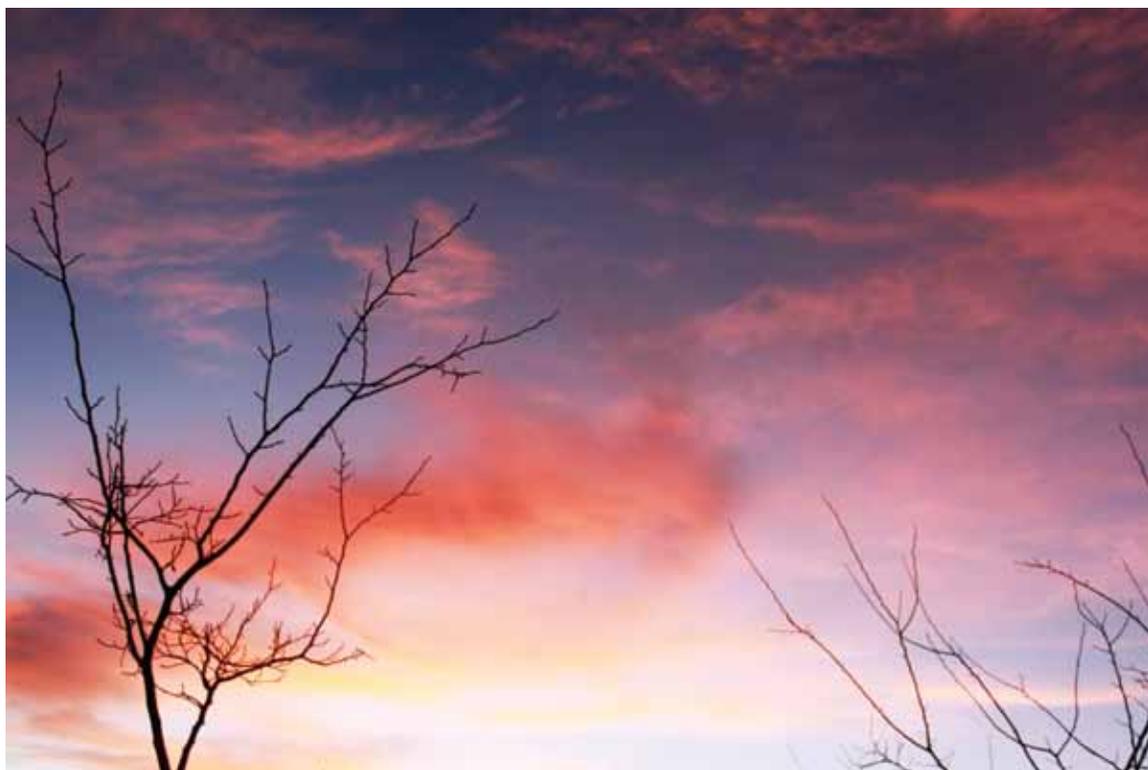
Nuestros Cielos



Atardecer. Ciudad Juárez, Chihuahua

■ *Itzel Aguilera* ■

Nuestros Cielos



Atardecer pastel. Ciudad Juárez, Chihuahua

■ *Itzel Aguilera* ■

Nuestros Cielos



Como una nebulosa. Ciudad Juárez, Chihuahua